

Arte Publico Press
University of Houston
Houston, Texas 77204-2090

Cover design by Mark Piñón

Contenido

El año perdido	7
"Lo que nunca supo"	9
Los niños no se aguantaron	10
"Se había dormido"	13
Un rezo	14
"—Comadre, ¿ustedes piensan ir para Iuta?"	15
Es que duele	16
"—¿Para qué van tanto a la escuela?"	21
La mano en la bolsa	22
"Faltaba una hora"	27
La noche estaba plateada	28
"Una tarde el ministro"	31
. . . y no se lo tragó la tierra	32
"El abuelo quedó paralizado"	37
Primera comunión	38
"La profesora se asombró"	43
Los quemaditos	44
"Fue un día muy bonito"	47
La noche que se apagaron las luces	48
"Poquito antes de las seis"	53
La noche buena	54
"Antes de que la gente se fuera"	59
El retrato	60
"—Ya soltaron a Figueroa."	65
Cuando lleguemos	66
"Bartolo pasaba por el pueblo"	71
Debajo de la casa	72

The paper used in this publication meets the requirements of the American National Standard for Permanence of Paper for Printed Library Materials Z39.48-1984. ©

ISBN 0-934770-72-7

Library of Congress Catalog No. 87-070275

First Arte Publico Press Edition, 1987

Second Printing, 1988

Third Printing, Revised Edition, 1990

Second Arte Publico Press Edition, 1992

Second Printing, Second Arte Publico Press Edition, 1993

Copyright © 1987 by Concepción Rivera

Copyright of the Translation © 1987 by Evangelina Vigil-Piñón

Printed in the United States of America

—Pero si no hay diablo tampoco hay... No, más vale no decirlo. A lo mejor me cae un castigo. Pero, no hay diablo. A lo mejor se me aparece después. No, se me hubiera aparecido ya. ¿Qué mejor ocasión que en la noche y yo solo? No hay. No hay.

En dos o tres ocasiones sintió que alguien le hablaba pero no quiso voltear, no de miedo sino porque estaba seguro de que no era nadie ni nada. Ya cuando se acostó, con mucho cuidado, sin hacer ruido, y cerciorado de que no había diablo le empezó a entrar un escalofrío y una revoltura en el estómago. Antes de dormirse pensó un buen rato. *No hay diablo, no hay nada.* Lo único que había habido en la mota había sido su propia voz. Pensó que bien decía la gente que no se jugaba con el diablo. Luego comprendió todo. Los que le llamaban al diablo y se volvían locos, no se volvían locos porque se les aparecía sino al contrario, porque no se les aparecía. Y se quedó dormido viendo cómo la luna saltaba entre las nubes y los árboles contentísima de algo.



Una tarde el ministro de una de las iglesias protestantes del pueblo vino al rancho y les avisó que iba a venir un fulano a enseñarles trabajos manuales para que ya no tuvieran que trabajar solamente en la tierra. Casi la mayor parte de los hombres se animaron. Les iba a enseñar a ser carpinteros. El fulano vino como a las dos semanas en una camioneta y con una trailer. Traía de ayudante a la esposa del ministro para que le interpretara. Pero nunca les enseñaron nada. Se pasaban todo el día dentro de la trailer. A la semana se fueron sin decir una palabra. Supieron después que le había quitado la esposa al ministro.



La primera vez que sintió odio y coraje fue cuando vio llorar a su mamá por su tío y su tía. A los dos les había dado la tuberculosis y a los dos los habían mandado a distintos sanatorios. Luego entre los otros hermanos y hermanas se habían repartido los niños y los habían cuidado como había dado lugar. Luego la tía se había muerto y al poco tiempo habían traído al tío del sanatorio, pero ya venía escupiendo sangre. Fue cuando vio llorar a su madre cada rato. A él le dio coraje porque no podía hacer nada contra nadie. Ahora se sentía lo mismo. Pero ahora era por su padre.

—Se hubieran venido luego luego, mi tío. ¿No veían que su tata estaba enfermo? Ustedes sabían muy bien que estaba picado del sol. ¿Por qué no se vinieron?

—Pos, no sé. Nosotros como andábamos bien mojados de sudor no se nos hacía que hacía mucho calor pero yo creo que cuando está picado uno del sol es diferente. Yo como quiera sí le dije que se sentara debajo del árbol que está a la orilla de los surcos, pero él no quiso. Fue cuando empezó a vomitar. Luego vimos que ya no pudo azadonear y casi lo llevamos en rastra y lo pusimos debajo del árbol. Nomás dejó que lo lleváramos. Ni repeló ni nada.

—Pobre viejo, pobre de mi viejo. Anoche casi ni durmí. ¿No lo oyeron ustedes fuera de la casa? Se estuvo retorciendo toda la noche de puros calambres. Dios quiera y se alivie. Le he estado dando agua de limonada fresca todo el día pero tiene los ojos como de vidrio. Si yo hubiera ido ayer a la labor les aseguro que no se hubiera asoleado. Pobre viejo, le van a durar los calambres por todo el cuerpo a lo menos tres días y tres noches. Ahora ustedes cuidense. No se atarenen tanto. No le hagan caso al viejo si los apura. Avientenle con el trabajo. Como él no anda allí empuinado, se le hace muy fácil.

Le entraba más coraje cuando oía a su papá gemir fuera del gallinero. No se quedaba adentro porque decía que le entraban muchas ansias. Apeñas afuera podía estar, donde le diera el aire. También podía estirarse en el zacate y revolcarse cuando le entraban los calambres. Luego pensaba en que si su padre se iba a morir de la asoleada. Oía a su papá que a veces empezaba a rezar y a pedir ayuda a Dios. Primero había tenido esperanzas de que se aliviara pronto pero al siguiente día sentía que le crecía el odio. Y más cuando su mamá o su papá clamaba por la misericordia de

Dios. También esa noche los habían despertado, ya en la madrugada, los pujidos de su papá. Y su mamá se había levantado y le había quitado los escapularios del cuello y se los había lavado. Luego había prendido unas velitas. Pero, nada. Era lo mismo de cuando su tío y su tía.

—¿Qué se gana, mamá, con andar haciendo eso? ¿A poco cree que le ayudó mucho a mi tío y a mi tía? ¿Por qué es que nosotros estamos aquí como enterrados en la tierra? O los microbios nos comen o el sol nos asolea. Siempre alguna enfermedad. Y todos los días, trabaje y trabaje. ¿Para qué? Pobre papá, él que le entra parquito. Yo creo que nació trabajando. Como dice él, apenas tenía los cinco años y ya andaba con su papá sembrando maíz. Tanto darle de comer a la tierra y al sol y luego, zas, un día cuando menos lo piensa cae asoleado. Y uno sin poder hacer nada. Y luego ellos rogándole a Dios . . . si Dios no se acuerda de uno . . . yo creo que ni hay . . . No, mejor no decirlo, a lo mejor empeora papá. Pobre, siquiera eso le dará esperanzas.

Su mamá le notó lo enfurecido que andaba y le dijo por la mañana que se calmara, que todo estaba en las manos de Dios y que su papá se iba a aliviar con la ayuda de Dios.

—N'ombre, ¿usted cree? A Dios, estoy seguro, no le importa nada de uno. ¿A ver, dígame usted si papá es de mal alma o de mal corazón? Dígame usted si él ha hecho mal a alguien?

—Pos no.

—Ahí está. ¿Luego? ¿Y mi tío y mi tía? Usted dígame. Ahora sus pobres niños sin conocer a sus padres. ¿Por qué se los tuvo que llevar? N'ombre, a Dios le importa poco de uno los pobres. A ver, ¿por qué tenemos que vivir aquí de esta manera? ¿Qué mal le hacemos a nadie? Usted tan buena gente que es y tiene que sufrir tanto.

—Ay, hijo, no hables así. No hables contra la voluntad de Dios. Mi tío, no hables así por favor. Que me das miedo. Hasta parece que llevas el demonio entre las venas ya.

—Pues, a lo mejor. Así, cualquiera se me quitaría el coraje. Ya me canso de pensar. ¿Por qué? ¿Por qué usted? ¿Por qué papá? ¿Por qué mi tío? ¿Por qué mi tía? ¿Por qué sus niños? Dígame usted por qué? ¿Por qué nosotros nomás enterrados en la tierra como animales sin ningunas esperanzas de nada? Sabe que las únicas esperanzas son las de venir para acá cada año. Y como usted misma dice, hasta que

se muere uno, descansa. Yo creo que así se sintieron mi tío y mi tía, y así se sentirá papá.

—Así es, m'ijo. Sólo la muerte nos trae el descanso a nosotros.

—Pero, ¿por qué a nosotros?

—Pues dicen que...

—No me diga nada. Ya sé lo que me va a decir—que los pobres van al cielo.

Ese día empezó nublado y sentía lo fresco de la mañana rozarle las pestañas mientras empezaban a trabajar él y sus hermanos. La madre había tenido que quedarse en casa a cuidar al viejo. Así que se sentía responsable de apurar a sus hermanos. Por la mañana, a lo menos por las primeras horas, se había aguantado el sol, pero ya para las diez y media limpió el cielo de repente y se aplano sobre todo el mundo. Empezaron a trabajar más despacio porque se les venía una debilidad y un bochorno si trabajaban muy aprisa. Luego se tenían que limpiar el sudor de los ojos cada rato porque se les oscurecía la vista.

—Cuando vean oscuro, muchachos, párenle de trabajar o denle más despacio. Cuando lleguemos a la orilla descansamos un rato para coger fuerzas. Va a estar caliente hoy. Que se quedara nubladito así como en la mañana, ni quién dijera nada. Pero nada, ya aplanándose el sol ni una nubita se le aparece de puro miedo. Para acabarla de fregar, aquí acabamos para los dos y luego tenemos que irnos a aquella labor que tiene puro lomerío. Arriba está bueno pero cuando estemos en las bajadas se pone bien sofocado. Ahí no venta nada de aire. Casi ni entra el aire. ¿Se acuerdan?

—Sí.

—Ahí nos va a tocar lo mero bueno del calor. Nomás toman bastante agua cada rato; no le hace que se enoje el viejo. No se vayan a enfermar. Y si ya no aguantan me dicen luego ¿eh? Nos vamos para la casa. Ya vieron lo que le pasó a papá por andar aguantando. El sol se lo puede comer a uno.

Así como habían pensado se habían trasladado a otra labor para las primeras horas de la tarde. Ya para las tres andaban todos empapados de sudor. No tratan una parte de la ropa seca. Cada rato se detenían. A veces no alcanzaban respiración, luego veían todo oscuro y les entraba el miedo de asolearse, pero seguían.

—¿Cómo se sienten?

—N'ombre, hace mucho calor. Pero tenemos que seguirle. Si quiera hasta las seis. Nomás que esta agua que traemos ya no quita la sed. Cómo quisiera un frasco de agua fresca, fresquecita acabada de sacar de la noria, o una coca bien helada.

—Estrás loco, con eso sí que te asoleas. Nomás no le den muy aprisa. A ver si aguantamos hasta las seis. ¿Qué dicen?

A las cuatro se enfermó el más chico. Tenía apenas nueve años pero como ya le pagaban por grande trataba de emparejarse con los demás. Empezó a vomitar y se quedó sentido, luego se acostó. Corrieron todos a verlo atemorizados. Parecía como que se había desmayado y cuando le abrieron los párpados tenía los ojos volteados al revés. El que se le seguía en edad empezó a llorar pero le dijo luego luego que se callara y que ayudara a llevarlo a casa. Parecía que se le venían calambres por todo el cuerpo. Lo llevó entonces cargado él solo y se empezó a decir otra vez que por qué.

—¿Por qué a papá y luego a mi hermanito? Apenas tiene los nueve años. ¿Por qué? Tiene que trabajar como un burro enterrado en la tierra. Papá, mamá y éste mi hermanito, ¿qué culpa tienen de nada?

Cada paso que daba hacia la casa le retumbaba la pregunta ¿por qué? Como a medio camino se empezó a enturecer y luego comenzó a llorar de puro coraje. Sus otros hermanitos no sabían qué hacer y empezaron ellos también a llorar, pero de miedo. Luego empezó a echar maldiciones. Y no supo ni cuándo, pero lo que dijo lo había tenido ganas de decir desde hacía mucho tiempo. Maldijo a Dios. Al hacerlo sintió el miedo infundido por los años y por sus padres. Por un segundo vio que se abría la tierra para tragárselo. Luego se sintió andando por la tierra bien apretada, más apretada que nunca. Entonces le entró el coraje de nuevo y se desahogó maldiciendo a Dios. Cuando vio a su hermanito ya no se le hacía tan enfermo. No sabía si habían comprendido sus otros hermanos lo grave que había sido su maldición.

Esa noche no se durmió hasta muy tarde. Tenía una paz que nunca había sentido antes. Le parecía que se había separado de todo. Ya no le preocupaba ni su papá ni su hermano. Todo lo que esperaba era el nuevo día, la frescura de la mañana. Para cuando amaneció su padre estaba mejor. Ya iba de alivio. A su hermanito también casi se le fueron de encima los calambres. Se sorprendía cada rato por lo que había hecho la tarde anterior. Le iba a decir a su mamá pero decidió guardar el secreto. Solamente le dijo que la tierra no se comía a nadie, ni que el sol tampoco.

Salió para el trabajo y se encontró con la mañana bien fresca. Había nubes y por primera vez se sentía capaz de hacer y deshacer cualquier cosa que él quisiera. Vio hacia la tierra y le dio una patada bien fuerte y le dijo:

—Todavía no, todavía no me puedes tragar. Algún día, si. Pero yo ni sabré.



El abuelo quedó paralizado del cuello para abajo después del ataque al cerebro. Uno de sus nietos vino a platicar con él un día. El abuelo le preguntó que cuántos años tenía y que qué era lo que más deseaba. El nieto le contestó que tenía veinte y que lo que más quería era que se pasaran los siguientes diez años de su vida inmediatamente para saber lo que había pasado con su vida. El abuelo le dijo que estaba bien estúpido y ya ni le siguió hablando. El nieto no comprendió por qué le había llamado estúpido hasta que cumplió los treinta años.

La noche buena



La noche buena se aproxima y la radio igualmente que la bocina de la camioneta que anunciaba las películas del Teatro Ideal parecían empujarla con canción, negocio y bendición. Faltaban tres días para la noche buena cuando doña María se decidió comprarles algo a sus niños. Esta sería la primera vez que les compraría juguetes. Cada año se proponía hacerlo pero siempre terminaba diciéndose que no, que no podían. Su esposo de todas maneras les traía dulces y nueces a cada uno, así que racionalizaba que en realidad no les faltaba nada. Sin embargo cada navidad preguntaban los niños por sus juguetes. Ella siempre los apaciguaba con lo de siempre. Les decía que se esperaran hasta el seis de enero, el día de los reyes magos y así para cuando se llegaba ese día ya hasta se les había olvidado todo a los niños. También había notado que sus hijos apreciaban menos y menos la venida de don Chon la noche de Navidad cuando venía con el costal de naranjas y nueces.

—Pero, ¿por qué a nosotros no nos trae nada Santo Cilos?

—¿Cómo que no? ¿Luego cuando viene y les trae naranjas y nueces?

—No, pero ése es don Chon.

—No, yo digo lo que siempre aparece debajo de la máquina de coser.

—Ah, eso lo trae papá, a poco cree que no sabemos. ¿Es que no somos buenos como los demás?

—Sí, sí son buenos, pero... pues espérense hasta el día de los reyes magos. Ese es el día en que de veras vienen los juguetes y los regalos. Allá en México no viene Santo Cilos sino los reyes magos. Y no vienen hasta el seis de enero. Así que ése sí es el mero día.

—Pero, lo que pasa es que se les olvida. Porque a nosotros nunca nos han dado nada ni en la noche buena ni en el día de los reyes magos.

—Bueno, pero a lo mejor esta vez sí.

—Pos sí, ojalá.

Por eso se decidió comprarles algo. Pero no tenían dinero para gastar en juguetes. Su esposo trabajaba casi las diez y ocho horas lavando platos y haciendo de comer en un restaurante. No tenía tiempo de ir al centro para comprar juguetes. Además tenían que alzar cada semana para poder pagar para la ida al norte. Ya les cobraban por los niños aunque fueran

... y no se lo tragó la tierra 55

parados todo el camino hasta Iowa. Así que les costaba bastante para hacer el viaje. De todas maneras le propuso a su esposo esa noche, cuando llegó bien cansado del trabajo, que les comprarán algo.

—Fíjate, viejo, que los niños quieren algo para Crismes.

—¿Y luego las naranjas y las nueces que les traigo?

—Pos sí, pero ellos quieren juguetes. Ya no se conforman con comida. Es que ya están más grandes y ven más.

—No necesitan nada.

—¿A poco tú no tenías juguetes cuando eras niño?

—Sabes que yo mismo los hacía de barro —caballitos, soldaditos

...

—Pos sí, pero aquí es distinto, como ven muchas cosas... ándale vamos a comprarles algo... yo misma voy al Kres.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿No tienes miedo de ir al centro? ¿Te acuerdas allá en Wilmar, Minesora, cómo te perdiste en el centro? ¿Tas segura que no tienes miedo?

—Sí, sí me acuerdo pero me doy ánimo. Yo voy. Ya me estuve dando ánimo todo el día y estoy segura que no me pierdo aquí. Mira, salgo a la calle. De aquí se ve la hielería. Son cuatro cuadradas nomás, según me dijo doña Regina. Luego cuando llegue a la hielería volteo a la derecha y dos cuadradas más y estoy en el centro. Allí está el Kres. Luego salgo del Kres, voy hacia la hielería y volteo para esta calle y aquí me tienes.

—De veras que no estaría difícil. Pos sí. Bueno, te voy a dejar dinero sobre la mesa cuando me vaya por la mañana. Pero tienes cuidado, vieja, en estos días hay mucha gente en el centro.

Era que doña María nunca salía de casa sola. La única vez que salía era cuando iba a visitar a su papá y a su hermana quienes vivían en la siguiente cuadra. Sólo iba a la iglesia cuando había difuntito y a veces cuando había boda. Pero iba siempre con su esposo, así que nunca se fiaba por donde iba. También su esposo le traía siempre todo. Él era el que compraba la comida y la ropa. En realidad no conocía el centro aun estando solamente a seis cuadradas de su casa. El campesanto quedaba por el lado opuesto al centro, la iglesia también quedaba por ese rumbo. Pasaban por el centro sólo cuando iban de pasada para San Antonio o cuando iban o venían del norte. Casi siempre era de madrugada o de noche. Pero ese día traía ánimo y se preparó para ir al centro.

El siguiente día se levantó, como lo hacía siempre, muy temprano y ya cuando había despachado a su esposo y a los niños recogió el dinero de sobre la mesa y empezó a prepararse para ir al centro. No le llevó mucho tiempo.

—Yo no sé por qué soy tan miedosa yo, Dios mío. Si el centro está solamente a seis cuadras de aquí. Nomás me voy derecho y luego volteo a la derecha al pasar los traques. Luego, dos cuadras, y allí está el Kres. De allá para acá ando las dos cuadras y luego volteo a la izquierda y luego hasta que llegue aquí otra vez. Dios quiera y no me vaya a salir algún perro. Al pasar los traques que no vaya a venir un tren y me pesque en medio... Ojalá y no me salga un perro... Ojalá y no venga un tren por los traques.

La distancia de su casa al ferrocarril la anduvo rápidamente. Se fue en medio de la calle todo el trecho. Tenía miedo andar por la banqueta. Se le hacía que la mordían los perros o que alguien la cogía. En realidad solamente había un perro en todo el trecho y la mayor parte de la gente ni se dio cuenta de que iba al centro. Ella, sin embargo, seguía andando por en medio de la calle y tuvo suerte de que no pasara un solo mueble, sino, no hubiera sabido qué hacer. Al llegar al ferrocarril le entró el miedo. Oía el movimiento y el pitido de los trenes y esto la desconcertaba. No se animaba a cruzar los rieles. Parecía que cada vez que se animaba se oía el pitido de un tren y se volvía a su lugar. Por fin venció el miedo, cerró los ojos y pasó sobre las rieles. Al pasar se le fue quitando el miedo. Volteó a la derecha.

Las aceras estaban repletas de gente y se le empezaron a llenar los oídos de ruido, un ruido que después de entrar no quería salir. No reconocía a nadie en la banqueta. Le entraron ganas de regresar pero alguien la empujó hacia el centro y los oídos se le llenaban más y más de ruido. Sentía miedo y más se le olvidaba la razón por la cual estaba allí entre el gentío. En medio de dos tiendas donde había una callejuela se detuvo para recuperar el ánimo un poco y se quedó viendo un rato a la gente que pasaba.

—Dios mío, ¿qué me pasa? Ya me empiezo a sentir como me sentí en Wilmar. Ojalá y no me vaya a sentir mal. A ver. Para allá queda la hielería. No, para allá. No, Dios mío, ¿qué me pasa? A ver. Venía andando de allá para acá. Así que queda para allá. Mejor me hubiera quedado en casa. Oiga, perdone usted, ¿dónde está el Kres, por favor?... Gracias.

Se fue andando hasta donde le habían indicado y entró. El ruido y la apertura de la gente era peor. Le entró más miedo y ya lo único que quería era salirse de la tienda pero ya no veía la puerta. Sólo veía cosas sobre cosas, gente sobre gente. Hasta oía hablar a las cosas. Se quedó parada un rato viendo vaciamente a lo que estaba enfrente de ella. Era que ya no sabía los nombres de las cosas. Unas personas se le quedaban viendo unos segundos, otras solamente la empujaban para un lado. Permaneció así por un rato y luego empezó a andar de nuevo. Reconoció unos juguetes y los echó en la bolsa. De pronto ya no oía el ruido de la gente aunque sí veía todos los movimientos de sus piernas, de sus brazos, de la boca, de sus ojos. Pero no oía nada. Por fin preguntó que dónde quedaba la puerta, la salida. Le indicaron y empezó a andar hacia aquel rumbo. Empujó y empujó gente hasta que llegó a empujar la puerta y salió.

Apenas había estado unos segundos en la acera tratando de reconocer dónde estaba, cuando sintió que alguien la cogió fuerte del brazo. Hasta la hicieron que diera un gemido.

—Here she is... these damn people, always stealing something, stealing. I've been watching you all along. Let's have that bag.

—¿Pero... ?

Y ya no oyó nada por mucho tiempo. Sólo vio que el cemento de la acera se vino a sus ojos y que una piedrita se le metió en el ojo y le calaba mucho. Sentía que la estribaban de los brazos y aun cuando la voltearon boca arriba veía a todos muy retirados. Se veía a sí misma. Se sentía hablar pero ni ella sabía lo que decía pero sí se veía mover la boca. También veía puras caras desconocidas. Luego vio al empleado con la pistola en la cartuchera y le entró un miedo terrible. Fue cuando se volvió a acordar de sus hijos. Le empezaron a salir las lágrimas y lloró. Luego ya no supo nada. Sólo se sentía andar en un mar de gente. Los brazos la rozaban como si fueran olas.

—De a buena suerte que mi compadre andaba por allí. Él fue el que me fue a avisar al restaurante. ¿Cómo te sientes?

—Yo creo que estoy loca, viejo.

—Por eso te pregunté que si no te irías a sentir mal como en Wilmar.

—¿Qué va a ser de mis hijos con una mamá loca? Con una loca que ni siquiera sabe hablar ni ir al centro.

—De todos modos, fui a traer al notario público. Y él fue el que fue conmigo a la cárcel. Él le explicó todo al empleado. Que se te

había volado la cabeza. Y que te daban ataques de nervios cuando andabas entre mucha gente.

—¿Y si me mandan a un manicomio? Yo no quiero dejar a mis hijos. Por favor, viejo, no vayas a dejar que me manden, que no me lleven. Mejor no hubiera ido al centro.

—Pos nomás quedate aquí dentro de la casa y no te salgas del solar. Que al cabo no hay necesidad. Yo te traigo todo lo que necesitas. Mira, ya no llores, ya no llores. No, mejor, llora para que te desahogues. Les voy a decir a los muchachos que ya no te anden fregando con Santo Clos. Les voy a decir que no hay para que no te molesten con eso ya.

—No, viejo, no seas malo. Diles que si no les trae nada en la noche buena que es porque les van a traer algo los reyes magos.

—Pero... Bueno, como tú quieras. Yo creo que siempre lo mejor es tener esperanzas.

Los niños que estaban escondidos detrás de la puerta oyeron todo pero no comprendieron muy bien. Y esperaron el día de los reyes magos como todos los años. Cuando llegó y pasó aquel día sin regalos no preguntaron nada.



Antes de que la gente se fuera para al norte, el cura les bendecía los carros y las trocas a cinco dólares el mueble. Una vez hizo lo suficiente hasta para ir a visitar a sus padres y a sus amigos a Barcelona en España. Le trajo a la gente el agradecimiento de su familia y unas tarjetas de una iglesia muy moderna. Estas las puso al entrar a la iglesia para que vieran y anhclaran una iglesia así. Al poco tiempo empezaron a aparecer palabras en las tarjetas, luego cruces, rayas y con safos así como había pasado con las bancas nuevas. El cura nunca pudo comprender el sacrilegio.

Cuando lleguemos



Como a las cuatro de la mañana se descompuso la troca. Toda la noche les había hipnotizado el chillido de las llantas sobre el pavimento. Cuando se detuvo, despertaron. El silencio les avisaba que algo había pasado. La troca venía calentándose mucho y luego que se pararon y examinaron el motor se dieron cuenta de que casi se les había quemado el motor. Ya no quiso arrancarse. Tendrían que quedarse allí hasta que amaneciera completamente y luego podrían pedir un levantón para el siguiente pueblo. Dentro de la troca la gente de primero se había despertado y luego se cruzaron varias conversaciones. Luego en lo oscuro se habían empezado a cerrar los ojos y se puso todo tan silencio que hasta se oían los grillos. Unos estaban dormidos, otros estaban pensando.

—De buena suerte que se paró aquí la troca. Me dolía mucho el estómago desde hace rato pero cuando hubiera llegado a la ventana para avisarles, hubiera tenido que despertar a una cantidad de gente. Pero, todavía no se ve nada, casi. Bueno, me voy a bajar a ver si encuentro alguna labor o un dicho donde pueda ir para fuera. Yo creo que me hizo mal el chile que me comí, tan picoso que estaba, y por no dejarlo. Ojalá y la vieja vaya bien allí con el niño cargado.

—Este chofer que traemos este año sí es de los buenos. Le da parejito. No se para para nada. Nomás echá gasolina y dale. Ya llevamos más de veinte y cuatro horas de camino. Ya debemos de estar cerca de Dimoins. Cómo quisiera sentarme un ratito siquiera. Me abajara y me acostara al lado del camino pero no sabe uno si hay alguna víbora o algún animal. Antes de dormirme parado sentía que se me doblaban las corbas. Pero, yo creo que se acostumbra el cuerpo luego porque ya no se me hace tan duro. Los niños sí se han de cansar yendo allí parados. Ni de donde cogerse. Uno de grande siquiera puede cogerse del barrote del centro que detiene la lona. Y no vamos tan apretados como en otras. Yo creo que a lo más llevaremos unas cuarenta personas. Recuerdo una vez, cuando vine con aquel montón de mojados, éramos más de sesenta. No podía uno ni fumar.

—Pero que vieja tan más bruta. Como se le pone a tirar la man-tilla allá adelante de la troca. Se vino resbalando por toda la lona y de abuenas que traía anteojos, si no, hasta los ojos me los hubiera

... y no se lo tragó la tierra

67

lleno de cagada. Qué vieja tan bruta. ¿A quién se le pone hacer eso? ¿Qué no se le alcanzaba que iba a volar todo el mugrero para los que veníamos parados? ¿Por qué no se esperaba hasta que llegáramos a alguna estación de gasolina y el no haber dejado allí todo el mugrero?

—Se quedó el negrito asustado cuando le pedí los 54 jamborgues. A las dos de la mañana. Y como entré solo en el restaurante y muy seguro no vío que se paró la troca cargada de gente. Nomás se le saltaron los ojos... at two o'clock in the morning, hamburgers! Fifty-four of them? Man, you must eat one hell of a lot. Es que la gente no había comido y dijo el chofer que, para no parar tanto y gastar tanto tiempo, que sólo uno se abajara y pidiera para todos. Se quedó asustado el negrito. No me podía creer lo que le había pedido. Que quería 54. A las dos de la mañana y con hambre se puede uno comer muy bien los jamborgues.

—Éste es el último pinche año que vengo para acá! Nomás que lleguemos al rancho y me voy a ir a la chingada. Me voy a ir a buscar un jale a Mineapolis. ¡Pura madre que vuelvo a Tejas! Acá siquiera se puede ganar la vida de mejor manera. Voy a buscar a mi tío, a ver si me consigue una chamba en el hotel donde él trabaja de belboy. A lo mejor me dan quebrada allí o en otro hotel. Y luego a las bolillas nomás de conseguirme las.

—Si nos va bien este año a ver si nos compramos un carrito para ya no andar así como vacas. Ya están grandes las muchachas y ya les da pena a las niñas. A veces hay buenas compras por allí en los garajes. Voy a hablar con mi compadre, él ya conoce algunos de los viejos que venden carros. Me voy a conseguir uno que me guste aunque esté viejo y de segunda mano. Ya estoy cansado de venir para acá en troca. El compadre se llevó buen carro el año pasado. Si nos va bien en la cebolla, me compro uno que esté a lo menos pasadero. Enseño a mi hijo a manejar y él se lo puede llevar hasta Tejas. A ver si no se pierde como mi sobrino, por no preguntar fueron a dar a Nuevo México en lugar de a Tejas. O, si no, le digo a Mundo que lo maneje y no le cobro el pasaje. A ver si quiere.

—Con el dinero que me empréstó el señor Tomson tenemos para comer a lo menos unos dos meses. Para entonces nos llega el dinero del betabel. A ver si no nos endrogamos mucho. Me empréstó doscientos pesos pero para cuando paga uno los pasajes se le va la mitad

casi, con eso de que ya me cobran por los niños el medio precio. Y luego cuando regrese le tengo que pagar lo doble. Cuatrocientos pesos. Es mucho interés, pero ni modo, cuando uno lo necesita ni para qué buscarle. Me han dicho que lo reporte porque es mucho el interés pero ya tiene hasta los papeles de la casa. Ojalá y nos vaya bien en el betabel, si no, nos vamos a quedar en el aire. Tenemos que juntar para pagarle los cuatrocientos. Luego a ver si nos queda algo. Y éstos ya necesitan ir a la escuela. No sé, ojalá y nos vaya bien, si no, quién sabe cómo le iremos a hacer. Nomás le pido a Diosito que haya trabajo.

—Pinche vida, pinche vida, pinche vida, pinche vida, por pendejos, por pendejos, por pendejos. Somos una bola de pendejos. Chingue a su madre toda la pinche vida. Esta es la última vez que vengo así como una pinche bestia parado todo el camino. Nomás que llegemos me voy a Mineapolis, a fuerza hallo allí algo que hacer donde no tenga que andar como un pinche buey. Pinche vida, un día de estos me la van a pelar todos. Chinguesumadre por pendejo.

—Pobre viejo, ha de venir bien cansado ya, parado todo el viaje. Hace rato lo vi que iba cabeceando. Y ni cómo ayudarle con estos dos que llevo en los brazos. Ya quisiera que hubiéramos llegado para acostarnos aunque sea en el piso bien duro. Estos niños son puro trabajo. Ojalá y le pueda ayudar con algo en la labor pero se me hace que este año, con estos huerquitos, no voy a poder hacer nada. Les tengo que dar de mamar cada rato y luego que están muy chicos todavía. Qué ya estuvieran más grandecitos. Como quiera le voy a hacer la lucha para ayudarlo. Aunque sea me voy ayudándole en el surco para que no se ataree tanto. Aunque sea en ratitos. A qué mi viejo, apenas están chiquititos y él ya quisiera que fueran a la escuela. Ojalá y le pueda ayudar. Dios quiera y le pueda ayudar.

—De aquí se ven a toda madre las estrellas. Parece que se bajan a tocar la lona de la troca. Bueno, ni parece que hay gente dentro. Casi no hay tráfico a esta hora. De vez en cuando pasa una trailer. Lo silencio de la madrugada hace que todo esté como de seda. Y ahora, ¿con qué me limpio? ¿Por qué no sería mejor todo el tiempo de madrugada? Aquí vamos a estar hasta el mediodía, de seguro. Para cuando consigan ayuda en el pueblo y luego para cuando arreglen el motor. Que se quedara de madrugada ni quien dijera nada. Voy a estar viendo el cielo hasta que se desaparezca la última estrella. ¿Cuántos más estarán viendo la misma estrella? ¿Cuántos

más estarán pensando que cuantos más estarán viendo la misma estrella? Está tan silencio que hasta se me parece que los grillos les están hablando a ellas.

—Chingada troca, ya es pura mortificación con esta troca. Cuando llegemos ahí la gente que se las averigüe como pueda. Yo nomás la voy a reparar a los rancheros y me voy a la chingada. Además no tenemos ningún contrato. Ellos se podrán conseguir con quién regresarse para Tejas. Vendrá alguien de seguro y se los levanta. El betabel ya no deja nada de dinero. Lo mejor es regresarme a Tejas nomás que deje a la gente y a ver cómo me va cargando sandía. Ya mero se llega la sandía. Y ahora falta que en este pinche pueblo no puedan componer la troca. ¿Y entonces qué chingaos hago? Nomás que no me vaya a venir a joder la chota a que me menea de aquí. Ya ni la jodieron en aquel pueblo. Si ni nos paramos y como quiera vino la chota y nos alcanzó para decirnos que no quería que nos quedáramos allí. Yo creo nomás quería aventarse con los del pueblo. Pero si ni nos paramos en su pinche pueblo. Cuando llegemos, nomás que los reparta y me devuelva. Cada quien por su santo.

—Cuando llegemos a ver si consigo una cama buena para mi vieja, ya le molestan mucho los riñones. Nomás que no nos vaya a tocar un gallinero como el del año pasado con piso de cemento. Aunque le echábamos paja ya nomás que entre el frío y no se aguanta. Por eso me entraron pesado las riumas a mí, estoy seguro.

—Cuando llegemos, cuando llegemos, ya, la mera verdad estoy cansado de llegar. Es la misma cosa llegar que partir porque apenas llegamos y... la mera verdad estoy cansado de llegar. Mejor debería decir, cuando no llegemos porque esa es la mera verdad. Nunca llegamos.

—Cuando llegemos, cuando llegemos...

Los grillos empezaron a dejar de chirriar poco a poco. Parecía como que se estaban cansando y el amanecer también empezó a verificar los objetos con mucho cuidado y lentamente como para que no se diera cuenta nadie de lo que estaba pasando. La gente se volvía gente. Empezaron a bajar de la troca y se amontonaron alrededor y empezaron a platicar de lo que harían cuando llegaran.